CORRIGAN CITY

por Roberto Laurenti

Pre: No acertaban a entender nada de lo que ocurría a su alrededor. Parecían estar soñando. Iban de sorpresa en sorpresa. Pero, de lo que no les cabía la menor duda, era de que todo en aquel pueblo se producía de una forma absolutamente asombrosa.

Dick masculló maldiciones, el motor del Porsche 911 rateaba y perdía fuerza, Eileen intentó tranquilizarlo. Se habían casado exactamente 8 horas y 36 minutos antes en Galveston, Texas, Golfo de México y corrían por la autopista camino a New York. Ella se haría cargo de los niños en una escuela del Queens y Dick alcanzaría la gloria entrando como oboe en la Sinfo-Filarmónica. La música era su pasión los coches deportivos su *hobby* furibundo.

–¡Maldito! –repetía rabioso–. Este nos dejará tirados en el medio de la carretera, ahora que se nos echa la noche encima.

Rodaron diez minutos más hasta que los ruidos del motor los pusieron a punto de histeria.

A lo lejos divisaron las luces de una gasolinera y enfilaron hacia ella. Un muchachote rubio, desganado y sin voluntad, se negó a toda ayuda.

–Yo sólo vendo gasolina, no entiendo de motores.

–¿Donde hay un taller? –preguntó malhumorado Dick.

–A esta hora no hay ningún taller de reparaciones abierto. Pero suba tres millas, tal vez el viejo Bert, en el antiguo camino de Corrigan, justo frente a la desviación, esté abierto.

No encontraron tal desvío ni el taller de Bert, sólo un cartel despintado en el que se adivinaba: «Corrigan City». Doblaron y a media milla entraron en un asfaltado camino, cuyos laterales estaban extrañamente iluminados, y comenzaron a distinguir unas luces muy brillantes.

–¡Ese es el pueblo! –comentó entusiasmada Eileen.

–Será Corrigan City.

A una milla el camino se volvió muy transitado. Dick observó con extrañeza:

–Que coches tan modernos, no son ni americanos, ni japoneses, ni europeos.

De golpe se enfrentaron a un guardia que les indicaba que disminuyeran la marcha.

–Por favor –dijo el oficial–, cuando lleguen a la entrada de la ciudad, dejen el coche en el aparcamiento.

–Estamos buscando un taller –dijo Dick.

–No hay problema –respondió gentil el policía de tráfico–, justo a la entrada del estacionamiento encontrarán el taller del viejo Charles.

Siguieron unos metros, un cartel luminoso anunciaba «Charles Ltd.

Motoring Repairs». Todo lucía inmaculadamente limpio, más que un taller parecía un laboratorio, mayólicas en las paredes, mecánicos uniformados de blanco trabajaban en un súper deportivo.

–Es usted Charles –preguntó Eileen.

–¡Sí! –respondió amable un hombre de cabello muy canoso, piel bronceada, que pasaría de los sesenta años–. ¿Qué le pasa al cochecito?

Dick se bajó y quedó embelesado contemplando el impresionante deportivo.

–¿Qué coche es ese?

El viejo Charles se acercó sonriente, dio un golpecito en el hombro de Dick y dijo con aire de complicidad:

–Lo armamos aquí.

–¿Aquí? –preguntó Dick incrédulo.

–Bueno, allí –y señaló hacia la enorme nave cuyas paredes estaban cubiertas por una complicada serie de aparatos de computación, monitores, testers, osciloscopios y una plataforma hidráulica en al que descansaba otro sensacional deportivo.

Confundido Dick se encaminó a su coche observando de reojo a Chales que trabajaba en el Porsche, calzando unos transparentes y ajustados guantes de goma.

–Mañana al mediodía –les dijo– se podrán ira tranquilos a...

–New York –se apresuró a decir Eileen.

–¿Pasarán la noche aquí?

–Sí... –titubeó Dick.

–Entonces tomen –y les alargó una tarjeta plástica–. Recojan sus maletas y en el Parking tomen uno de los pequeños coches que están allí aparcados. Hay varios, todos iguales, son muy visibles porque llevan impreso «Corrigan Cab». Coloquen la tarjeta en el parquímetro y sigan las instrucciones.

Eileen y Dick se miraban sin entender nada de lo que ocurría, pero siguieron las indicaciones. Llegaron a la hilera de coches, pequeños, tal como los describiera Charles, con una gran baca para cargar los equipajes. Dick miró la tarjeta marcada con el No. 23, recorrió los parquímetros: todos tenían un número. Buscó el suyo e introdujo la tarjeta plástica. Una luz roja se encendió al tiempo que una voz les informaba:

–Por favor digan ustedes a su conductor electrónico adónde desean ir. El vehículo tiene sus pilas recargadas, listo para partir.

Iban de asombro en asombro, pero decidieron subir. Eileen temerosa, dijo con un hilillo de voz.

–Queremos ir a un hotel.

Computando la orden el coche se puso inmediatamente en marcha. Un cartel indicaba main Street, la calle principal por la que circulaban decenas de cochecitos iguales, solos o con pasajeros. los escaparates de los comercios, supermercados, boutiques, estaban todos iluminados. Poca gente caminaba por las aceras. El luminosos del *Regy's Motel* les dio de frente, el auto computado se detuvo debajo de la marquesina, la voz anunció.

–El motel, señores pasajeros. Estaré a vuestra disposición en el Parquímetro 23. Preséntense en la Recepción con su tarjeta. Buenas

noches.

Recelosos y azorados entraron en el *lobby*. No había nadie. Se acercaron a una ventanilla acristalada.

–Buenas noches. ¿En que puedo ayudarles? –dijo una voz.

–Una habitación para dos, por esta noche –pidió Eileen, rompiendo el fuego.

La voz indicó:

–Coloquen ustedes la tarjeta perforada, dentro de la ranura, el titular ponga la palma de su mano izquierda sobre el cristal.

Un agudo silbido siguió a la operación de identificación, la tarjeta saltó atrás desde el orificio.

–Ya está todo computado en la tarjeta –dijo la voz–, en ella está inscrito el número de la habitación, la veinticuatro, con ella abrirán la puerta y pueden ordenar lo que desean para cenar o desayunar, marcando el computador de su mesa de noche. Los ascensores están a su izquierda. ¡Que tengan ustedes un sueño feliz!

La habitación era sencilla, muy funcional, muy blanca, dos camas, un baño con bañera circular, una ducha, un pequeño horno microonda (supusieron).

Eileen preguntó en voz alta:

–¿Es que no hay televisión?

Y a la pregunta dos paneles se descorrieron dejando ver en una de las paredes una pantalla gigante de televisión. Dick animado ya por el excitante juego, preguntó:

–¿Y para elegir programas?

Otra vez la voz informó: «Sobre a mesa de noche tienen ustedes el selector de canales».

Eileen jugaba con los botones del computador de su mesa de noche, ordenó de comer, una luz encendió en el microonda anunciando que la cena estaba lista. Se acostaron exhaustos. Dick, casi en un susurro acercando su cuerpo al de Eileen, preguntó:

–¿Crees que todo marcha bien?

No tuvo respuesta, Eileen dormía.

Una música alegre los despertó por la mañana.

–Son las ocho y media –oyeron decir–. El desayuno está listo en el horno conservador.

Se ducharon y bajaron al salón. Eileen cargó su Polaroid y comenzó a dispararla desde la recepción hasta la puerta, amontonando y guardando las instantáneas en su bolso. Salieron a la calle; el día era radiante, los cochecitos pasaban de un lado a otro y algunos paseantes los saludaban amistosos. Vieron la Iglesia circular, el campanario que terminaba en una semiesfera de cristal, la Alcaldía: un perfecto cubo de gruesos vidrios polarizados. Sobre un cuidado parque, unos curiosos edificios correspondían a la Escuela. Eileen no pudo resistirse y empujó a Dick hacia ella. Cruzaron la calle peligrosamente, sin mirar; desde los cochecitos, a manera de claxon, se escuchó una altisonante voz, advirtiendo: «Señores Peatones, respeten las zonas de cruce, por favor»...

Cogidos de la mano, divertidos con la ocurrencia de la voz mecánica, llegaron a uno de los edificios de la Escuela. Una niña de unos doce años,

les salió a su encuentro con encantadora sonrisa.
–¿Quieren ver a los niños?
Eileen movió la cabeza afirmativamente y preguntó:
–¿Tu eres alumna?
La niña la miró y sonrió con suficiencia.
–Yo soy la Directora.
–Pero eres muy pequeña, no tendrás más de doce años, ¿no?
–Tengo catorce –repuso con seriedad.
Acompañaron a la jovencita y entraron ante lo que suponían era un gran aula. Decenas de niños entre los tres y cuatro años estaban dispersos; unos sentados leyendo, otros manejando pequeños computadores, un grupo reunido discutiendo alrededor de una amplia mesa. Algunos se acercaron en franco gesto de bienvenida. Eileen ante una simpática pequeña de unos tres años, exclamó:
–¡Monina!...
Con una mirada fría, que estremeció a Eileen, la niña afirmó:
–Me llamo Alice Stamford.
–¿Qué edad tienes?
–Voy a cumplir cuatro años.
–¿Es esto un parvulario? –preguntó Eileen desconcertada mirando a la Directora.
Las carcajadas resonaron por todo el salón, los niños rodearon a la pareja, un pequeño que no pasaría de los cuatro años, muy rubio, con jeans ajustados y una camiseta en la que se leía impreso «Corrigan University», se dirigió a ellos, presentando a sus compañeros.
–Tengo el gusto de presentaros a los componentes del Segundo Curso del College.
Dick y Eileen rieron sin poder contenerse, ella lanzó un «¡Amoroso, más que amoroso!» pero se encontró con una mirada dura y de reproche.
–Ustedes parecen no entender –y la voz del niño se transformó en la de un adulto.
La Directora intervino y los empujó fuera de la clase.
–Ustedes no deberían burlarse. Ellos son estudiantes, yo la Directora y aquellos los profesores –dijo señalando unas fotos colgadas de las paredes, con niños de siete años.
Dick quiso huir, cogió fuertemente del brazo a su mujer y corrieron hacia el parque. Aturdidos se sentaron sobre la hierba.
–¿Qué está ocurriendo? –preguntó Eileen preocupada.
–No sé, no entiendo.
–¡Vamos hacia la Iglesia!
Recorrieron las dos manzanas que separaban la Escuela de la Iglesia circular. Un impresionante altar se encontraba en el centro, la cruz, la estrella de David, la media luna de Alá, Buda...
–¿Todas las confesiones? –se dijo intrigado Dick.
A su espalda oyó la cascada voz de un viejecito diminuto, con hábito blanco.
–Sí, todas las confesiones. Hemos logrado unificar la fe.
–Por favor, díganos dónde estamos –preguntó Eileen inquieta y asustada.
El anciano sonrió dulcemente y comenzó a caminar hacia atrás. Dick se

adelantó, lo aferró de los brazos y gritó con terror:
–Díganos, ¿dónde estamos?
El sacerdote le clavó la mirada y Dick perdió sus fuerzas, mientras Eileen se apretaba a él. Miraron las imágenes, los símbolos y salieron. Casi en la puerta del templo chocaron con el viejo Charles.
–Los estaba buscando, el cochecito está perfecto, listo para partir.
–Mejor –suspiró Dick aliviado–, pagaremos la cuenta del hotel y recogeremos los equipajes.
Eileen seguía tomando febrilmente fotografías.
–Por favor, póngase junto a Dick –rogó a Charles.
–Sí, no faltaba más.
Sujetando fuertemente su cámara, Eileen dijo, mientras corría hacia la escuela:
–Ve tú al hotel y espérame.
Dick continuó caminando junto a Charles, entraron en el motel, cargó las maletas y encontró en la recepción a una anciana.
–Buenos días, señora. Soy Dick Dickinson, habitación veinticuatro.
–Sí, sí –le interrumpió–. Y su joven señora Eileen, que llegaron anoche a las diez y veinte y ahora quieren pagar la cuenta.
–Si –dijo Dick sorprendido.
–Pues la cuenta es... –y la anciana demoró unos segundos antes de contestar, apretó teclas en un computador y una pantalla de televisión indicó... «Mr. & Mrs. Dickinson, por la estancia de una noche, cena y desayuno: $1,00»
–¿Qué? –gritó estupefacto–. ¡Señora, creo que está usted equivocada!
–Todo está bien, todo está bien –repetía mecánicamente–. Pague usted y que tenga muy buen viaje.
Dick pagó, cogió las maletas y se dirigió al aparcamiento en busca del Parquímetro 23, donde esperaba su taxi, Eileen llegó agitada.
–No sé que decirte, si son niños o monstruos. ¡Dios mío! ¡Me han hecho una descripción matemática, que ni en la Universidad de Michigan podrían enseñarla!
–¡Sube, sube! –apuró Dick impaciente.
Cuando llegaron al taller de Charles, el reojo Porsche 911 les aguardaba reluciente. Lo miraron con asombro, dieron vueltas a su alrededor.
–¿Qué ha hecho usted con él?
Charles se quitaba sus guantes de cirujano con parsimonia.
–Lo hemos limpiado. ¡Enciéndalo!
El motor trabajaba en un silencio imperceptible. Dick apretó el acelerador y quedó fascinado.
–¿Cuánto le debemos?
El viejo Charles fue hasta la computadora, apretó botones y teclas y se quedó esperando la repuesta en la pantalla de televisión: «Por arreglo del viejo Porsche 911, modelo 1979, puesta a punto y limpieza $1,00».
El «¡¡No!!» que lanzó Dick fue tan estruendoso que conmocionó a mecánicos y transeúntes. El viejo Charles reía a carcajadas, contagiando a todos. Dick y Eileen ruborizados colocaron las maletas en el portaequipajes y se despidieron tímidamente. Charles besó en las mejillas a Eileen y palmeó cariñoso a Dick...
–¡Cuidado muchacho, no corred demasiado!

Dick miró por el espejo retrovisor los últimos edificios de Corrigan y Eileen iba con la cabeza vuelta. Llegaron a la entrada de al Autopista, el Porsche roncaba con potencia desconocida. Esperó la señal y cuando tuvo paso se lanzó por encima de las 120 millas.

–¡¡Ouahh!! –gritaba entusiasmado–. ¡¡Increíble!!

Eileen se sobresaltó:

–¿Dónde está mi bolso rojo? ¡Para! ¡Para!

–¿Qué bolso rojo?

–Teníamos dos maletas y un bolso rojo. ¿No lo recuerdas?

–Lo olvidé. Lo olvidé en el motel, seguramente.

–¡Hay que volver!

Retomaron la ruta de desvío, pasaron por la gasolinera de la noche anterior y cruzaron el lateral opuesto, buscando el cartel de Corrigan City.

–¿Qué pasa? ¿Qué ocurre? –preguntó Eileen inquieta.

–No sé. ¿Pero tan malo era el camino de entrada? No lo recuerdo así.

–¡Creo que sí!

La carretera era intransitable, de barro, con pedazos de asfalto destrozado y adoquines. Rodaron unos diez minutos.

–Este no es el camino –insistió Dick.

–El cartel de desviación era el mismo de anoche.

–Pero el camino no. ¡Estoy seguro!

–¡Para! ¡Para! –gritó Eileen.

–¿Qué sucede ahora?

–¡Mira, mira! ¡Lee!

Un viejo cartel despintado, un surtidor de gasolina de más de sesenta años.

Dick se bajó, volvió sobre sus pasos y se apoyó con gesto demudado a una Eileen desconcertada.

–¿Qué lees tú?

–«Charles Ltd. Motoring Repairs»

Dejaron el coche a un lado del camino, Eileen se aferró al brazo de Dick. Un cartel tirado en el suelo dejaba leer apenas *Regy's Motel* y el edificio derruido de ladrillo y madera, una vieja iglesia en el mismo lugar, una Escuela en ruinas, en el mismo lugar. Eileen creyó desvanecerse, lloraba, gritaba, se soltó del brazo de Dick corriendo de una lado a otro como poseída.

–Tranquilízate, tranquilízate, por Dios –dijo sacudiéndola con violencia.

–¿Qué está pasando? ¿Qué está pasando? –gritaba entre sollozos.

Se detuvieron en la oficina del sheriff del pueblo vecino *Garrison Cuty* y contaron su odisea. El sheriff de unos cincuenta y cinco años, piel curtida por el sol, típico tejano, con las piernas combadas, deje largo y cansino, sin parar de reír y masticar tabaco, mascullaba...

–Estos jóvenes cuando toman cerveza, whisky o droga, empiezan a ver visiones.

En el coche del sheriff recorrieron el pueblo desierto.

–Después de la depresión de los años veinte –explicó el sheriff–, este pueblo perdió todo. Los cientos de habitantes que en él vivían, unos se suicidaron, otros murieron y el resto lo abandonó, convirtiendo a Corrigan City en un pueblo fantasma. Esa es la historia.

Eileen rebuscó en su bolso de mano y buscó nerviosa unas fotografías.
–¡Mire, mire! –dijo poniéndolas ante los ojos del oficial, que estalló en risotadas.
Eileen ofendida se las arrancó de las manos y lanzó un horrible alarido.
–¡No! ¡No es posible!
Dick las cogió y quedó inmóvil, las imágenes estaban limpias, no se veía nada.
Permanecieron mudos, absortos ante lo inexplicable, lo incomprensible. Conciliador el sheriff les tranquilizaba.
–Siempre produce pesadillas dormir en los coches.
Sin escuchar Eileen corrió, trepó por las destartaladas escaleras del motel. Buscó desesperada, ansiosa y se detuvo ante una puerta desconchada en la que borrosamente se leía: «24». Crujió al abrirla y allí lo vio, lo cogió de un tirón y se lanzó enloquecida escaleras abajo.
–Mirad, mirad –exclamó exaltada mostrando el bolso–. Este es el bolso que dejamos en la habitación. No son visiones.
–Habrán estado ustedes otra vez y lo han olvidado. Acepten que todo ha sido un mal sueño.
El sheriff los dejó frente a la entrada del «Garrison Star».
–Vayan y díganle a mi hijo mayor, Jimmy, que les muestre los archivos de mil novecientos veintinueve. Ahí está toda la historia de Corrigan City.
El muchacho aceptó dejarles ver los periódicos a condición de que le ayudaran a buscarlos. Bajaron a un semi- derruido sótano, oscuro y maloliente de humedad y polvo, en el que se amontonaban desordenadamente viejos volúmenes encuadernados en una desgastada tela negra. la historia comenzó a cobra vida en aquellas páginas envejecidas. Eileen temblaba sosteniendo la linterna. En una fotografía se anunciaba a pie de texto el cierre del *Regy's Motel*, propiedad de la anciana de la recepción. En otra fotografía se mostraba el rostro sereno del padre John Sussman, abandonado por sus feligreses.
Eileen lanzó un grito de horror y soltó la linterna. Dick la buscó a tientas, preguntando excitado.
–¿Qué pasa ahora?
El débil haz de luz se proyectó en una imagen y un texto: «Nuestro conocido mecánico de automóviles, Mr. Charles Bowen, dueño del taller de reparaciones, emigrará con su familia a New York».
En la amarillenta fotografía aparecía sonriente el viejo Charles abrazado a Dick y Eileen.